
Revista Iberoamericana, Vol. LXXII, Núm. 215-216, Abril-Septiembre 2006, 689-696

DE LA MANCHA A LA LACANDONA.
PROVOCACIÓN Y GENERACIÓN DE INTERMINABLES LECTURAS

por

JUAN PELLICER

*A Viggo Gabriel
recordándolo en su Prado,
a la vera de la Lacandona*

“Bacía. Yelmo. Halo.
Este es el orden Sancho...”
León Felipe

“Cololté. Yelmo. Halo.
Este es el orden, Sancho.”
Don Durito de la Lacandona

“¿Cuál es la relación
del lento batir de las alas de la garza
con el rondar del águila sobre una serpiente?”
Subcomandante Marcos

En su reciente *Viaje alrededor de El Quijote*, Fernando del Paso pondera retóricamente su audaz empresa de publicar un enésimo ensayo sobre la archicélebre novela de Cervantes. Parafraseando a Don Quijote, inaugura su reflexión con un desafío: “¿Quijotitos a mí? ¿A mí quijotitos y a tales horas?” (13); y luego, para determinar la magnitud de su desafío, hace suyas las palabras del crítico británico y editor de Cervantes, John Lockhart: “En nuestro país, casi todo lo que un hombre sensato desearía oír sobre *El Quijote* se ha dicho y redicho por escritores cuyas opiniones sentiría repetir sin sus palabras, y cuyas palabras apenas me sería perdonado repetir” (15). Pero Del Paso matiza su audacia: se acuerda de las sabias palabras de Borges cuando también él se curaba en salud y aprestaba a desafiar lo trillado del lugar común cervantino: “Es verosímil que estas observaciones hayan sido enunciadas alguna vez y, quizá, muchas veces; la discusión de su novedad me interesa menos que la de su posible verdad” (15).

Permítaseme pues emular el desafío de tan admirables lectores como los invocados arriba, con mi sincera modestia de mero aprendiz, y en corto y por derecho señalar, como punto de partida, uno de tantos lugares comunes: aquel que proclama que el *Quijote* glorifica el poder de la lectura como principio de causalidad. En efecto, la lectura confirma

en esa novela su poder de provocación (en el sentido de incitar y en el de causar), tanto en el nivel del discurso (la lectura del traductor leída por el narrador cuya lectura, a su vez, provoca la narración del texto de Cervantes) como en el de la historia (principalmente la insólita lectura de las novelas de caballerías que lleva a cabo el protagonista y que provoca los eventos del relato y la lectura del propio texto hecha por sus propios personajes). A estas lecturas generadoras del discurso y de la historia, y a la de las novelas de caballerías del autor, agréguese hoy una culminación de cuatro siglos de lecturas: la también insólita lectura del Subcomandante Marcos en el corazón de la selva Lacandona en Chiapas; así, la lectura del *Quijote* vuelve a actuar, a pesar de las más lejanas distancias históricas y culturales, como provocadora y generadora de nuevas lecturas y textos, hoy enderezados contra el imperio del “mal gobierno” y del neoliberalismo globalizador.

Principalmente el New Criticism¹ y la Teoría de la Recepción² son responsables de la importancia central que hoy se le atribuye a la lectura dentro del estudio de los textos literarios, a tal grado que los términos “lectura” y “crítica” han llegado a ser sinónimos. Además, se ha cifrado la existencia misma del texto literario en la afortunada convergencia del emisor y del receptor, o bien del autor y del lector, o mejor aún, de la escritura y de la lectura. Octavio Paz apunta que “el poema es una *posibilidad abierta* a todos los hombres ...algo que sólo se *anima* al contacto de un lector con un oyente ...cada vez que el lector *revive* *deveras* el poema, accede a un estado que podemos llamar poético” (énfasis mío, 25). El texto como algo, en sí, inacabado, pero que se perfecciona por su lectura y, gracias a ella, alcanza a estar finalmente vivo, *deveras* vivo, gracias a la mirada creadora de la lectura. El encuentro o contacto provoca en efecto una recreación del texto que, a su vez, abre muchas posibilidades nuevas pues nadie sigue siendo el mismo después de la lectura de un texto. Además, entre esas nuevas posibilidades está la de la creación de un nuevo texto. Es a partir de la lectura cuando suele comenzar la escritura, al menos su aprendizaje que es casi siempre imitación del modelo preferido.

En efecto, a ese lector *deveras* vivo³ la lectura lo conmueve de una u otra forma, en mayor o en menor grado. Como observa Paz:

La experiencia del poema se da en la historia, es historia y, al mismo tiempo, niega a la historia. El lector lucha y muere con Héctor, duda y mata con Arjuna, reconoce las rocas natales con Odiseo. Revive una imagen, niega la sucesión, revierte el tiempo. La sucesión se convierte en presente puro, manantial que se alimenta a sí mismo y transmuta al hombre. La lectura del poema ostenta una gran semejanza con la creación poética. El poeta crea imágenes, poemas; y el poema hace del lector imagen, poesía. (25)

Cierto, la lectura como provocadora de cambios, de nuevos textos y finalmente de la transformación del mundo. Ese poder de provocación o causalidad genera toda la dinámica de *El Quijote*, tanto por lo que se refiere a su historia –el *qué*– como a su discurso

¹ Ver Richards.

² Ver Iser.

³ Sí, literalmente “vivo” y no como las entelequias de “autor implícito” y “lector implícito” que estuvieron tan de moda en la época del estructuralismo. Véase Chatman.

—el *cómo*—. Recuérdese cómo la lectura es el principio estructural del discurso, cómo el propio texto revela que la narración tiene su supuesto origen en la traducción del texto de Benengeli, es decir, en una primera lectura que es a lo que equivale la traducción aludida. La segunda lectura corresponde a la que el narrador hace de esa traducción, lectura que dicho narrador convierte en el relato. La lectura es pues causa instrumental en el acto de la creación del discurso. También lo es en el origen de la historia pues es la lectura la que provoca la locura de don Quijote; lo que quiero decir es que la lectura causa tanto la transformación del protagonista cuanto la transformación de su mundo, al menos la de su percepción. Efectivamente, al convertirse en personaje de novela de caballerías, el lector-don Quijote niega a la historia y afirma la locura de su imposible ficción. Dicha locura alcanza su mejor momento en la segunda parte de la novela que es cuando aparecen personajes lectores de la primera parte de la propia novela; la lectura que hacen los duques hará que don Quijote acabe de tomar conciencia plena de su condición de caballero andante. Cuando don Quijote se entera que los duques han leído ya la primera parte de su historia (la novela), “fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos” (énfasis mío; II 274). Adviértase cómo esa lectura de los duques, que don Quijote asocia implícitamente con la suya de las novelas de caballerías, tiene el poder de certificar, de dar fe, según él, de su propio carácter.

Y como hemos de creer al autor ficticio del prólogo cuando explícitamente revela que su novela obedece a su lectura de las novelas de caballerías, podemos observar otra instancia más donde la lectura desempeña un papel determinante como principio de causalidad en la novela. Recuérdense los discretos consejos del “amigo” cuando estimula al ya novelado autor a “llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco” (I 58). Reconocemos entonces en el “amigo” a otro supuesto lector “crítico” de las novelas de caballerías.

Hoy celebramos no sólo el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote* sino también cuatro siglos de lecturas en casi tantas lenguas como existen en todo el orbe. La novela se ha convertido en un texto clásico universal pues a pesar de sus cuatrocientos años sigue hoy siendo actual y conmoviendo a lectores de los más diversos contextos culturales en prácticamente cualquier parte del mundo. Sigue siendo mina inagotable para escritores, críticos y filósofos, sicólogos y políticos, compositores, pintores y escultores, etc. Arquetipo, acaso el más representativo de España, y uno de los más recurridos lugares comunes bueno para epígrafes, brindis, proverbios, refranes, aforismos y cualquier discurso de ocasión.

Unos meses después de haber ido a recibir el Premio Nobel, Miguel Ángel Asturias alude la posibilidad que tuvo Cervantes de marchar a Chiapas, como él mismo había solicitado, y de haber escrito ahí el Quijote; advierte, sin embargo, que la legendaria defensa de los indios a la que dedicó su vida Fray Bartolomé de las Casas bien puede leerse como una encarnación de Don Quijote (353) —acaso mejor hubiera dicho, una *pre*-encarnación. Asturias encuentra significantes paralelismos entre la locura de Don Quijote y la del Padre Las Casas, a quienes llama “los dos Quijotes”, y apunta:

La locura de Don Quijote. Desfacer entuertos. Los dos Quijotes. El de Cervantes y el de Dios, en un solo Quijote. En ese gran sueño de justicia humana. Aquél perdió el seso leyendo libros de caballería, y éste, presenciando crímenes de caballeros (...) (pero) la locura de Fray Bartolomé, no es la esquizofrenia a que se refiere Menéndez Pidal, sino la locura de Cristo. La locura del cristiano que frente a la injusticia, si es verdadero cristiano debe caer en trance, entrar en agonía (...) Con el hábito blanco, como una nube de sandalias ligeras, cruza por las tierras de Veracruz y Chiapas, aquel loco -loco como quiere Menéndez Pidal-, pero loco como Jesús, loco como el Quijote, loco como Bolívar, que se llamó Bartolomé de las Casas. (354-355)

Una nueva lectura de *El Quijote* aparece a partir del 1 de enero de 1994, en el apogeo de las lecturas electrónicas, a casi cuatrocientos años y a más de diez mil kilómetros de la Mancha cervantina, pero precisamente en las mismas tierras que formaron parte del obispado de Fray Bartolomé, en el corazón de la selva Lacandona de Chiapas. Lectura que servirá ahora como puente entre el mundo culturalmente occidentalizado que predomina en México desde hace casi cinco siglos y el desde entonces subordinado mundo indígena, es decir, el llamado México profundo.⁴ Lectura insólita porque está hecha precisamente desde el lado del México indígena.

En nuestros días, el enfrentamiento de esos dos mundos registra su más crítica expresión el 1 de enero de 1994 cuando entró en vigor el Tratado de Libre Comercio entre México, los Estados Unidos y Canadá. Este hecho ubicó plenamente a México dentro del régimen de economía de mercado a la sombra del proceso globalizador actual. Ese mismo día también, los más marginados de México, los pueblos indígenas de Chiapas –tzeltales, tzotziles, choles, zoques y tojolabales (a los que desde hace cinco siglos llamamos indios por equivocación)–, reunidos en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), se levantaron en armas contra el mal gobierno y la injusticia de quinientos años de subordinación. El México profundo se perfiló entonces nítidamente y acabó ensombreciendo la superficie del otro México, el que una vez más volvía a imitar la modernidad ajena. El México profundo encontró entonces su mejor expresión en los textos literarios y políticos del Subcomandante Marcos que pueden contemplarse como significantes de una rebelión y como puentes entre dos mundos.

El discurso de Marcos –básicamente epistolar– es también plurigenérico en el sentido de que sus cartas y comunicados incluyen, a su vez, otros géneros literarios, unos serios y otros ligeros o cómicos –poesía, cuento, ensayo, alegoría, parodia, sátira, y uno nuevo inventado por Marcos: el de la postdata.⁵ En dichos textos frecuentemente reaparecen otros -intertextualmente, por supuesto: desde poemas de Cervantes y de Shakespeare, leyendas y mitos indígenas, hasta poemas de Charles Baudelaire, Antonio Machado, Pedro Salinas, León Felipe, Miguel Hernández y otros. El discurso de Marcos está construido como los grandes retablos que proyectan el discurso religioso, particularmente el barroco de nuestra época colonial. Tradición española que se estableció en América mediante la intervención y participación de los artífices indígenas. Si en la arquitectura,

⁴ Ver Bonfil Batalla.

⁵ Marcos también es autor, al alimón con Paco Ignacio Taibo II, de una novela policíaca por entregas en el diario *La Jornada*.

el retablo unifica una serie de expresiones diversas –pinturas, relieves, esculturas, alegorías, narraciones, imágenes, etc.– que se muestran en una disposición simétrica de nichos, y es estático, el retablo literario de Marcos, en cambio, es dinámico, está en movimiento, se va configurando con el paso de los días, de las noches y de las lunas, y muestra una confluencia de diversas corrientes o vertientes que es a lo que equivalen los géneros. Efectivamente, el retablo de Marcos consiste en un discurso plurigenérico en el que se trenza la gravedad del ensayo político e histórico, del relato mitológico o de la denuncia de la muerte de las inocentes víctimas del terror institucionalizado, con la gracia de las parodias, de los cuentos infantiles y de los relatos galantes de un eterno enamorado.⁶

Entre los numerosos nichos del gran retablo sobresalen aquellos donde se aloja la viva presencia de una nueva lectura del Quijote. Se trata de las parodias en las que un escarabajo que se llama Nabucodonosor, pero a quien sus amigos cariñosamente llaman Durito, y que se ha bautizado a sí mismo como Don Durito de la Lacandona, conversa, imitando el discurso de Don Quijote, con su escudero –el propio Subcomandante Marcos-. Ya sabemos que la parodia consiste en la imitación de un texto o del estilo característico de un autor determinado, invirtiendo simétricamente sus características peculiares, con la intención, frecuentemente, de burlarse, pero también, a menudo, con la intención de rendir un homenaje,⁷ o como en el caso de Don Quijote y de Don Durito, de formular una crítica, a las novelas de caballerías y al sistema económico-político, respectivamente.

En efecto, parodiando a Don Quijote, Don Durito va a encargarse de enderezar la crítica al neoliberalismo que ha inspirado a los gobiernos mexicanos durante los últimos veinte años. La parodia es evidente: un escarabajo obsesionado por la lectura del neoliberalismo está en el polo opuesto de un hidalgo obsesionado por la lectura de las novelas de caballerías; la inversión es simétrica: escarabajo/hidalgo, realidad de la política neoliberal/ficción de las novelas, feracidad de la Lacandona/aridez de la Mancha. Al característico valor e invariable audacia de Don Quijote corresponde la “prudencia” de Don Durito ilustrada por las ordenes que libra a Marcos: “Mi primera orden es que tú marcharás a la vanguardia, en el centro no irá nadie, para desconcertar al enemigo, y yo iré a la extrema retaguardia...”, seguidas por su “plan de ataque”: “Primero: si son muchos, corremos. Segundo: si son pocos, nos escondemos. Tercero: si no hay nadie, ¡adelante, que para morir nacimos!” (EZLN 1995, 282). A las nobilísimas intenciones caballerescas de Don Quijote –“desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas” (I, 141)– corresponden las de Don Durito: “–¡Debemos salir a desfacer doncellas, enderezar viudas, socorrer bandidos y encarcelar al desvalido!” (EZLN 1995, 315). Al Rocinante de Don Quijote corresponde el Pegaso de Don Durito que no es sino una tortuguita (EZLN 1995, 317). Es el propio Marcos quien se encarga de acabar de perfilar la personalidad de su personaje:

En veces detective, en veces analista político, en veces andante caballero y otras tantas como escritor de cartas, Durito nos habla ofreciéndonos un espejo de futuro que nos muestra lo que podemos ser (...) Autodenominado caballero andante y con el nuevo

⁶ Ver Pellicer.

⁷ Ver Hutcheon y Rose.

apelativo de “Don Durito de La Lacandona”, este pequeño escarabajo decide recorrer los caminos del mundo para deshacer entuertos, socorrer doncellas, aliviar al enfermo, apoyar al débil, enseñar al ignorante, humillar al poderoso, levantar al humilde. El más grande caballero que en el mundo ha sido, el siempre vivo Don Durito de La Lacandona vive asombrando a las estrellas que lo descubren en las madrugadas selváticas. Las noticias de sus hazañas han dado ya la vuelta al mundo y millones de mujeres suspiran por él, miles de hombres lo nombran con respeto y cientos de miles de niños lo admiran. Don Durito de La Lacandona nos describe parte de sus andanzas y pensamientos, nos platica cuentos desconcertantes que tienen mil y una lecturas, que enseñan y que alivian las incontables noches de asfixia en las montañas del Sureste mexicano. (EZLN 1997, 72)

A lo largo del irónico discurso de Don Durito, inscrito dentro de los diálogos con su escudero Marcos, se desarrolla una crítica, con el correspondiente espíritu quijotesco, al moderno neoliberalismo que orienta la política del gobierno mexicano y que básicamente no es sino una nueva versión del liberalismo positivista decimonónico; un renacimiento de los “científicos” del “orden y progreso” a la moda porfiriana. Una visión macroeconómica del mundo que ignora deliberadamente los problemas reales de cada ser humano. Este nuevo programa de economía de mercado ha menguado peligrosamente el papel que al Estado corresponde dentro de la conducción de la economía nacional por medio de la privatización de áreas de interés público tales como la salud, los transportes, la explotación de los recursos naturales, las pensiones, la seguridad social, la educación—inclusive, como bien sabemos, la universitaria—, etc., y representa la rápida destrucción de los sistemas promovidos bajo los auspicios del llamado estado de bienestar. Así lo plantea Durito cuando “empieza a hablar”, según refiere su escudero-narrador, “dirigiéndose a ese espejo que somos todos”:

En el neoliberalismo, mi escuálido escudero, la historia se convierte en estorbo por lo que representa de memoria, se promueven los posgrados en olvido y la minuciosa estadística de las trivialidades del poder es objeto de estudio y de grandes y profundas disertaciones. El Poder convierte a la historia en una historieta mal hecha, y sus científicos sociales construyen apologías ridículas con, eso sí, un andamiaje teórico tan complejo que consiguen disfrazar la estupidez y el servilismo como inteligencia y objetividad. En la historieta del neoliberalismo, los poderosos son los héroes porque son los poderosos, y los villanos son los eliminables, los “expendables”, es decir, los negros, los amarillos, los chicanos, los latinos, los indígenas, los jodidos, los homosexuales, las lesbianas, los marginados, los ancianos y, muy especialmente, los rebeldes. En la historieta del Poder, el acontecer que vale es el que puede ser contabilizado en una hoja electrónica que contenga índices respetables de ganancia. Todo lo demás es completamente prescindible, sobre todo si ese todo afecta la ganancia.

En la historieta del Poder todo está previsto y resuelto de antemano: el malo puede ser malo, pero sólo para resaltar el poder del bueno. La balanza ética entre el bien y el mal se transforma en la balanza amoral entre el Poder y el rebelde. En el Poder pesa el dinero, en el rebelde pesa la dignidad. En su historieta, el Poder imagina un mundo no sin contradicciones, sino con todas las contradicciones bajo control, administrables como válvulas de escape que destiendan el rencor social que el Poder provoca. En su historieta, el Poder construye una realidad virtual donde la dignidad es ininteligible y no mensurable.

¿Cómo puede tener valor y peso algo que no entiende y que no se mide? Ergo, la dignidad será, irremediamente, derrotada por el dinero. Así que ‘no problem’, puede haber dignidad porque ya el dinero se encarga de comprarla y convertirla en mercancía que circule según las leyes del mercado... del Poder. Pero, resulta que la historieta del Poder es eso, una historieta, una historieta que desprecia LA REALIDAD y, por lo tanto, una mal hecha. La dignidad sigue escapando a las leyes del mercado y empieza a tener peso y valor en el lugar que importa, es decir, en el corazón...

Durito hace una profunda reverencia, advierte finalmente su escudero, “Los grillos aplauden largo y nutrido. Bueno, es un decir...” (EZLN 1997, 217)

La lúcida elocuencia de las letras de Marcos, que complementa la de sus armas, ha tendido un puente entre el México profundo y el “occidentalizado”. En la Reunión Plenaria del Foro Nacional Indígena que se celebró el 7 de enero de 1996 en San Cristóbal de Las Casas, Marcos relató “La historia del arcoiris” según se la había contado su entrañable amigo, el viejo Antonio, es decir, una lectura de otra lectura; la del viejo Antonio es una historia del principio del mundo, de cuando los primeros siete grandes dioses, los que nacieron el mundo, se bajaron “a platicar con los hombres y mujeres de maíz para hacer los acuerdos de los caminos que debían caminar los hombres y mujeres verdaderos.” Acordaron entonces que, para hacer un mundo bueno, siete eran los trabajos “más primeros”, siete como el número de los cielos y el de los colores; y mientras hablaban comenzó a llover y fue entonces cuando:

se empieza a pintar un puente de luz y nubes y colores y de la montaña venía el puente y al valle iba el puente y luego clarito se veía que el puente de colores, nubes y luz no iba a ninguna parte ni se venía de ningún lado sino que nomás se estaba ahí, encima de la lluvia y del mundo (...) y entonces se pusieron muy alegres los todos que se estaban pensándose y aprendiéndose y supieron que eso era lo bueno, ser puente para que vayan y vengan los mundos buenos, los nuevos que nos hacemos. Y rápido sacaron los musiqueros sus instrumentos y rápido se sacaron los pies los dioses primeros y los hombres y mujeres verdaderos y a bailar se pusieron... (EZLN 1997, 95-98)

Fue entonces cuando Marcos vio que el arcoiris “estaba ahí nomás, puenteando mundos, puenteando sueños...”; esa parece ser la función de sus textos, la de puentear mundos y sueños. Cuando visité a mi hijo Viggo Gabriel en el ejido de Prado, junto a la Lacandona, donde él se alojaba, su generoso anfitrión tzeltal nos dijo, una noche de lluvia: “Queremos a Marcos porque siente igual que nosotros y porque dice en *castilla* lo mismo que nosotros decimos en nuestra lengua”; entendí entonces lo que otro hombre de esa misma tierra y otra lluvia de ese mismo cielo le habían revelado hacía diez años al propio Marcos: su destino, parecido al de Fray Bartolomé, de puentear mundos. Y su lectura de Don Quijote, causa de muchos de sus textos según hemos observado, nueva glorificación de la lectura, una *lectura-halo*-, se vuelve hoy puente entre dos mundos.

BIBLIOGRAFÍA

- Asturias, Miguel Ángel. "Los dos Quijotes: la locura de Fray Bartolomé". *América, fábula de fábulas y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1972. 353-355.
- Bonfil B., Guillermo. *México profundo* (1987). México: Grijalbo, 1990.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, I. Madrid: Castalia, 1978.
- _____. *Don Quijote de la Mancha*, II. Madrid: Castalia, 1978.
- Chatman, Seymour. *Story and discourse*. Itaca: Cornell University Press, 1978.
- EZLN. *Documentos y comunicados*, 2. México: Era, 1995.
- _____. *Documentos y comunicados*, 3. México: Era, 1997.
- Hutcheon, Linda. *A Theory of Parody*. Nueva York: Methuen, 1985.
- Iser, Wolfgang. "The reading process: a phenomenological approach". *Modern Criticism and Theory*. David Lodge, ed. Londres: Longman, 1988. 212-228.
- Pellicer, Juan. "Posdata de las armas y las letras". *Universitas Humanistica* 51/XXIX (enero-junio 2001): 115-125.
- Paso, Fernando del. *Viaje alrededor de El Quijote*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Paz, Octavio. *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.
- Richards, I. A. *Principles of Literary Criticism*. Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., 1926.
- Rose, Margaret A. *Parody: Ancient, Modern, and Post-Modern*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.